

templado, y en las obras de la memoria, mucho más alcanza un destemplado por humedad que el hombre más templado del mundo; porque, según opinión de los médicos, en muchas obras exceden los destemplados á los templados. Por donde dijo Platon que por maravilla se halla hombre de muy subido ingenio (1), que no pique algo en manía (que es una destemplanza caliente y seca del cerebro). De manera que hay destemplanza y enfermedad determinada para cierto género de sabiduría, y repugnante para las demas, y así es necesario que el hombre sepa qué enfermedad es la suya, y qué destemplanza, y á qué ciencia corresponde en particular (que es el tema de este libro); porque con ésta alcanzará la verdad, y con las demas hará juicios disparatados. Los hombres templados (como adelante probaremos) tienen capacidad para todas las ciencias, con cierta mediocridad, sin aventajarse mucho en ellas; pero los destemplados, para una y no más, á la cual si se dan con certidumbre y la estudian con diligencia y cuidado, harán maravillas en ella, y si la yerran, sabrán muy poquito en las demas. De lo cual es evidente argumento ver por las historias que cada ciencia se inventó en la region destemplada que le cupo, acomodada á su invencion.

Si Adan y todos sus descendientes vivieran en el paraíso terrenal, de ninguna arte mecánica ni ciencia (de las que agora se leen en las escuelas) tuviera necesidad; ni hasta el dia de hoy se hubieran inventado, ni puesto en práctica; porque andando desnudos y descalzos, no eran necesarios sastres, calceteros, zapateros, cardadores, tejedores, carpinteros ni domificadores, porque en el paraíso terrenal no habia de llover ni correr aires-frios ni calientes de que se hubieran de guardar. Tambien no hubiera esta teología escolástica y positiva, á lo ménos tan extendida como agora tenemos; porque no pecando Adan, no naciera Jesucristo, de cuya encarnacion, muerte y vida, y el pecado original, y del reparo que tuvo, está compuesta esta facultad. Méenos hubiera jurisprudencia; porque para el justo no son necesarias leyes ni derecho; todas las co-

(1) *Sentent. Platon.*

sas fueran comunes y no hubiera mio ni tuyo, que es la ocasion de los pleitos y del reñir. La medicina fuera ciencia impertinente, porque los hombres fueran inmortales, no sujetos á corrupcion ni alteracion que les causara enfermedad, comieran todos de aquel árbol de la vida, cuya propiedad era repartirles siempre mejor húmedo radical que ántes tenían. En pecando Adan, luégo tuvieron principio práctico todas las artes y ciencias que hemos dicho; porque todas fueron menester para remediar su miseria y necesidad. La primera que comenzó en el paraíso terrenal fué la jurisprudencia, donde se sustentó un proceso por el mismo orden judicial que agora tenemos, citando la parte y poniéndole su acusacion, y respondiendo el reo, con la sentencia y condenacion del juez. La segunda fué la teología; porque cuando dijo Dios á la serpiente: *et ipsa conteret caput tuum*, entendió Adan, como hombre que tenía el entendimiento lleno de ciencias infusas, que para su remedio el Verbo divino habia de encarnar en el vientre virginal de una mujer, y que ésta, con su buen parto, habia de poner debajo de un pié al demonio con todo su imperio; en la cual fe y creencia se salvó. Tras la teología salió luégo el arte militar, porque en el camino por donde Adan iba á comer del árbol de la vida, fabricó Dios un presidio, donde puso un querubin armado para que le impidiese el paso. Tras el arte militar, salió luégo la medicina; porque en pecando Adan, se hizo mortal y corruptible, sujeto á mil enfermedades y dolores. Todas estas ciencias y artes tuvieron su principio práctico aquí, y después se perfeccionaron y aumentaron cada una en la region destemplada que le cupo, naciendo en ella hombres de ingenio y habilidad acomodada á su invencion. Y así concluyo, curioso lector, confesando llanamente que yo estoy enfermo y destemplado, y que tú lo podrás estar tambien, pues nací en tal region, y que nos pudiera acontecer lo que á aquellos cuatro hombres que siendo el paño azul, el uno juró que era colorado, y el otro blanco, el otro amarillo y el otro negro, y ninguno acertó, por la lesion particular que cada uno tenía en su vista.

EXAMEN DE INGENIOS.

CAPÍTULO PRIMERO.

Donde se declara qué cosa es ingenio, y cuántas diferencias se hallan de él en la especie humana.

Precepto es de Platon, el cual obliga á todos los que escriben y enseñan, comenzar la doctrina por la definicion del sujeto cuya diferencia y propiedades queremos saber y entender. Dase por esta via gusto al que ha de aprender, y el que escribe no se derrama á cuestiones impertinentes, ni deja de tocar aquellas que son necesarias, para que la obra salga con toda la perfeccion que ha de tener; y es la causa que la definicion es un tema tan fecundo y concertado, que apenas se halla paso ni contemplacion en la ciencia, ni en el método con que se ha de proceder, que no esté en él apuntado, por donde es cierto que no se puede bien proceder en ningun género de sabiduría, no comenzando de aquí; y pues el sujeto total de esta obra es el ingenio y habilidad de los hombres, razon será por lo dicho que sepamos su definicion, y qué es lo que contiene en su esencia, porque sabida y entendida como conviene, habrémos hallado el verdadero medio para hacer demostracion de esta nueva doctrina, y porque el nombre, como dice Platon (1), *est instrumentum docendi discernendique rerum substantias*. Es de saber que este nombre *ingenio* descende de uno de estos tres verbos latinos, *gigno in genero*; y de este último parece que tiene más clara su descendencia, atento á las muchas letras y sílabas que de él vemos que toma, y lo que de su significacion dirémos después.

La razon en que se fundaron los primeros que lo inventaron no debió ser liviana, porque saber imaginar los hombres con la consonancia y buen sonido que piden las cosas nuevamente halladas, es obra, dice Platon, de hombres heroicos y de alta consideracion, como pareció en la invencion de este nombre *ingenio*, que para descubrirle fué menester una contemplacion muy delicada y llena de filosofía natural; en la cual discurrendo, hallaron que habia en el hombre dos potencias generativas, una comun con los brutos animales y plantas, y otra participante con las sustancias espirituales, Dios y los ángeles. De la primera no hay que tratar, por ser tan manifiesta y notoria. La segunda es la que tiene alguna dificultad, por no ser sus partos y manera de engendrar al vulgo tan conocidos. Pero hablando con los filósofos naturales, ellos bien saben que el entendimiento es potencia generativa, y que se empreña y pare, y que tiene hijos y nietos, y

(1) *In craftis.*

áun tambien partera, dice Platon, que le ayuda á parir; porque de la manera que en la primera generacion, el animal ó planta da sér real y substantífico á su hijo, no le teniendo ántes de la generacion, así el entendimiento tiene virtud y fuerzas naturales de producir, y pare dentro de sí un hijo, al cual llaman los filósofos naturales noticia ó concepto, que es *verbum mentis*, y no sólo es lenguaje y doctrina recibida de los filósofos naturales decir que el entendimiento es potencia generativa, y llamar hijo á lo que ésta produce, pero áun hablando la Escritura de la generacion del Verbo divino, usa de los mismos términos de padre y de hijo, y de engendrar y parir.

Nondum erat abisi et ego iam concepta eram: et ante omnes colles ego parturibar.

Y así es cierto que de la fecundidad del entendimiento del Padre tuvo el Verbo divino su eternal generacion. *Eructavit cor meum Verbum bonum*. Y no sólo él, pero áun todo lo visible é invisible contenido en el universo se halló producido por esta misma potencia, en tanto que viéudo y considerando los filósofos naturales la gran fecundidad que Dios tenía en su entendimiento, lo llamaron genio, que por antonomasia quiere decir el grande engendrador.

El ánima racional y las demas sustancias espirituales puesto caso que tambien se llaman genios, por ser fecundas en producir y engendrar conceptos tocantes á ciencia y sabiduría, pero su entendimiento no tiene en los partos que hace tanta virtud y fuerzas que les pueda dar sér real y substantífico fuera de sí, como en las generaciones que Dios hizo; sólo llega la fecundidad de éstas á producir dentro de su memoria un accidente que cuando va muy bien engendrado no es más que una figura y retrato de aquello que queremos saber y entender, no como la generacion del Verbo divino, donde el engendrado salió *consubstantialis Patri*. Y las demas cosas que parió, respondieron afuera con el sér real y substantífico que ahora las vemos; pero las generaciones que el hombre hace con su entendimiento, si son de cosas artificiales, no luégo toman el sér que ha de tener, ántes para sacar perfecta la idea con que se han de fabricar, es menester fingir primero mil rayas en el aire, y componer muchos modelos, y últimamente poner las manos para que tomen el sér que han de tener, y las más veces salen erradas; lo mismo acontece en las demas generaciones que el hombre hace para entender las cosas naturales como ellas son en sí, donde la imágen que el entendimiento concibe de ellas por maravilla sale de la primera contemplacion con el vivo que la cosa tiene; y para pintar una figura tal y tan

buena como ella está en su original, es menester juntar infinitos ingenios, y que pasen muchos años, y con todo eso conciben mil disparates. Supuesta, pues, esta doctrina, es ahora de saber que las artes y ciencias que aprenden los hombres son unas imágenes y figuras que los ingenios engendraron dentro de su memoria, las cuales representan al vivo la natural compostura que tiene el sujeto cuya es la ciencia que el hombre quiere aprender: como la medicina no fué más en el entendimiento de Hipócrates y Galeno que un dibujo que contrahace al natural la compostura verdadera del hombre, con sus causas y achaques de enfermar y sanar. Y la jurisprudencia es otra figura, donde está representada la verdadera forma de la justicia con que se guarda y conserva la policía humana, y viven los hombres en paz. Por donde es cierto que si el que aprende oyendo la doctrina del buen maestro no pudiese pintar en su memoria otra figura tal y tan buena como es la que le van diciendo, que sin duda es estéril, y que no se puede empreñar ni parir sino con disparates y monstruos.

Y esto baste cuanto al nombre *ingenio*, el cual desciende de este verbo *ingenero*, que quiere decir engendrar dentro de sí una figura entera y verdadera que represente al vivo la naturaleza del sujeto cuya es la ciencia que se aprende. Ciceron definió al ingenio diciendo: *Docilitas et memoria quæ fere uno ingenii nomine appellatur*. En las cuales palabras siguió la opinión de la gente popular, que se contentaba con ver sus hijos disciplinables y con docilidad para ser enseñados de otros, y con memoria que retenga y guarde las figuras que el entendimiento ha concebido. Al cual propósito dijo Aristóteles que el oído y la memoria se habian de juntar para aprovechar en las ciencias. Pero realmente esta definición es muy corta y no comprende todas las diferencias de ingenios que hay, porque esta palabra *docilidad* abarca sólo aquellos ingenios que tienen necesidad de maestro, y deja fuera otros muchos, cuya fecundidad es tan grande, que sólo el objeto y su entendimiento, sin ayuda de nadie, paren mil conceptos que jamas se vieron ni oyeron, cuales fueron aquellos que inventaron las artes. Fuera de esto, mete Ciceron á la memoria en cuenta de ingenio, de la cual dijo Galeno que carecia totalmente de invencion, que es decir que no puede engendrar nada de sí, ántes su mucha intension y grandeza, dice Aristóteles, es causa que el entendimiento sea infecundo y que no se pueda empreñar ni parir, sólo sirve de guardar y tener en custodia las formas y figuras que las otras potencias han concebido, como parece en los hombres de letras muy memoriosos, que cuanto dicen y escriben, todo tiene otro dueño primero. Verdad es que bien considerada aquella particula *docilitas*, halláremos que dijo bien Ciceron; porque la prudencia y sabiduría y la verdad que contienen las ciencias, dice Aristóteles, está sembrada en las cosas naturales, y en ellas se ha de buscar y hallar como en un verdadero original. El filósofo natural que piensa ser una proposicion verdadera, porque la dijo Aristóteles, sin buscar otra razon, no tiene ingenio, porque la verdad no está en la boca del que afirma, sino en la cosa de que se trata, la cual está dando voces y

grita enseñando al hombre el sér que naturaleza le dió, y el fin para que fué ordenada. Conforme á aquello: *Nunquid sapientia, non clamitat, et prudentia dat vocem tuam?* El que tuviere docilidad en el entendimiento y buen oído para percibir lo que naturaleza dice y enseña con sus obras, aprenderá mucho en la contemplacion de las cosas naturales, y no tendrá necesidad de preceptos que le avise y le haga considerar lo que los brutos, animales y plantas están voceando. *Vade ad formicam o piger, et considera viam eius, et disce prudentiam, quæ cum non habeat ducem nec præceptorem, præparat in æstate*, etc. Platon no cayó en este género de docilidad, ni le pareció que habia otros maestros que pudiesen enseñar al hombre fuera de los que vemos subidos en cátedra, y así dijo: *Agri vero et arbores nihil me docere possunt, sed homines qui in urbe versantur*.

Mejor lo dijo Salomon, que sabiendo que habia este segundo género de docilidad, le pidió á Dios para poder gobernar su pueblo: *Dabis ergo servo tuo cor docile, ut populum tuum judicare possit, et discernere inter bonum et malum*. Por las cuales palabras no pidió más que lumbré y claridad en el entendimiento, aunque le dieron más de lo que pidió, para que poniéndole delante las cosas y dudas tocantes á su gobernation, pudiese sacar de la naturaleza de la cosa el verdadero juicio que habia de hacer, sin irlo á buscar en los libros, como pareció claramente en aquella sentencia que dió en el primer caso de las meretrices: que cierto la naturaleza de la cosa le enseñó que la verdadera madre del niño no habia de consentir que se partiese. Este mismo género de docilidad y claridad de entendimiento dió Cristo á sus discípulos para entender la Escritura, quitándoles primero la rudeza ó inhabilidad que habian sacado de las manos de la naturaleza, conforme aquello: *Aperuit illis sensum, ut intelligerent scripturas*. Y así la Iglesia católica, teniendo entendido lo que importa este género de docilidad para entender la Escritura, tiene ordenado y mandado que ningun hombre de poco ingenio ni viejo estudie teología. *Est enim lex apud nos sanctissima, quæ in ejusmodi disciplinis solum adolescentes, nec omnes, sed ingeniosos exercet, grandioribus autem natu, ingenioque tardiori, studia hæc interdicit*.

La misma sentencia dijo Platon, tratando de los ingenios que habian de estudiar las ciencias divinas, que por estar las sustancias separadas tan léjos de los sentidos, convenia buscar ingenios muy claros para ellas; y así dijo: *Nec solum quærendi sunt homines generosi atque terribiles, sed qui in super eas habeant naturæ dotes, quas disciplina divina exigit acumen, scilicet, facilitatem ingenii*.

Y de camino reprende á Solon porque dijo que allá en la vejez se habia de aprender estas letras; los que alcanzan esta diferencia de habilidad vienen en las ciencias que tratan muy descansados, porque no tienen necesidad su entendimiento de memoria que le guarde las figuras y especies, para discurrir con ellas otra vez, ántes las mismas cosas naturales se las dan todas las veces que las quieran contemplar; y siendo sobrenaturales, sin especies ni figuras que hayan pasado por los

sentidos, las entienden, por donde dijo Platon: *Rerum autem maximarum preciosissimarumque nulla est imago, quæ manifestè ad hominum, sensum captumque effecta sit incorporea, namque eum maxima, et pulcherrima sint ratione, sola alio vero nullo perspicuè declarantur*. Y así dice que para las ciencias divinas son menester mayores ingenios que para las demas, porque no se aprovechan del sentido. Por donde es muy cierto que aquel dicho tan celebrado de Aristóteles: *Nihil est in intellectu quin prius fuerit in sensu*, no tiene lugar en este segundo género de docilidad, sino en el primero, cuya habilidad no se extiende á más de aprender y retener en la memoria lo que el maestro dice y enseña, de lo cual se colige claramente cuán mal se hace (en nuestros tiempos) con la teología, pues sin hacer la eleccion que la Iglesia católica manda, entran á estudiarla muchos que naturaleza los ordenó para cavar y arar.

A estos dos géneros de docilidad corresponden dos diferencias de ingenio: la una es de quien dijo Aristóteles: *Bonum ingenium est illud quod benedicti obediunt*. Como si dijera: aquel es buen ingenio que obedece al que bien dice; porque el hombre que no se convence oyendo buenos discursos y razones, ni puede formar en su memoria aquella buena figura que le van proponiendo, es señal que su entendimiento es infecundo: verdad es que en esto hay una cosa que considerar, que hay muchos discípulos que aprenden con gran facilidad todo lo que el maestro les enseña y dice, y los retienen y guardan en la memoria sin ninguna contradiccion, lo cual puede acontecer por una de dos razones: ó porque el maestro es tal y tan bueno como le pintó Aristóteles diciendo: *Oportet sapientem non solum ea quæ ex principia sunt cognoscere, sed etiam circa principia ipsa verum dicere*. Los discípulos que á este tal maestro obedecieren, es cierto que tienen buen ingenio, y mucho más lo descubren cuando oyen la doctrina del maestro que la enseña, sin hacer la trabazon y consonancia en las sentencias y conclusiones que piden los principios sobre que está fundada. En no llevando al buen ingenio por este camino derecho, luego se le ofrecen mil dificultades y argumentos; porque lo que oye de tal maestro no le hace la figura y buena correspondencia que piden los verdaderos principios de la doctrina; y así trae siempre el entendimiento inquieto y desasocegado por falta del que le enseña. Otros ingenios rudos y torpes hay, que viendo que los muy ingeniosos son tenidos en mucho, por las dificultades y argumentos que ponen al maestro, en saliendo de leccion (á imitacion suya) procuran molestar con grandes impertinencias al que los enseña, sin dar razon de su dificultad, y por esta via descubren más presto su inhabilidad que si callasen; por éstos dijo Platon que eran los que no tienen ingenio para confutar; pero el que le tiene agudo y muy delicado, no ha de creer nada al maestro ni recibirle cosa que no venga bien con la doctrina. Otros callan y obedecen al maestro sin ninguna contradiccion, porque su entendimiento no siente la falsedad y disonancia que hace lo que enseña con los principios de atras. La segunda diferencia de ingenio la definió Aristóteles diciendo: *Optimum inge-*

nium est illud quod omnia per se intellegit. La cual diferencia tiene la misma proporcion con las cosas que ha de saber y entender, que la vista corporal con las figuras y colores: si ésta es pura y muy delicada, en abriendo el hombre los ojos, dice cada cosa lo que es y atina al lugar donde está, y la diferencia que una hace á otra, sin que nadie se lo avise; pero si es turbia y muy corta, aunque las cosas muy claras y patentes (teniéndolas delante de sí), no las puede percibir sin tercero que se lo diga; el hombre ingenioso, puesto en consideracion (que es abrir los ojos del entendimiento), con livianos discursos entiende el sér de las cosas naturales, sus diferencias y propiedades, y el fin para que fueron ordenadas; pero si no tiene este género de habilidad, es necesario que intervenga la diligencia del maestro, y en muchos casos no basta.

Esta diferencia de ingenio no admite la gente popular, ni le parece que es posible, y no va muy fuera de camino; porque, como dijo Aristóteles: *Nemo est naturæ sapiens*. Como si dijera: ninguno nació enseñado, ni hay en los hombres sabiduría natural; ántes vemos por experiencia que todos cuantos aprenden las letras y las han aprendido hasta el dia de hoy, tuvieron necesidad de maestro y preceptor que los enseñase. Prodicó fué maestro de Sócrates (de quien dijo el oráculo de Apolo que era el hombre más sabio del mundo), y Sócrates enseñó á Platon, cuyo ingenio fué tal, que mereció por renombre el Divino. Platon fué maestro de Aristóteles, de quien dijo Ciceron: *Aristoteles longe omnibus præstans ingenio*. Y si en algunos se habia de hallar esta diferencia de ingenio, era en estos ilustres varones, y pues ninguno de ellos la alcanzó, argumento es que naturaleza no lo puede hacer; solo Adán, dicen los teólogos, nació enseñado y con todas las ciencias infusas, y él es el que las enseñó á sus descendientes; por donde tiene por cierto que no hay dicho ni sentencia, en ningun género de sabiduría, que no la haya dicho otro primero, conforme á aquello: *Nihil dictum quod non sit dictum prius*. A éste se responde que Aristóteles definió el ingenio perfecto, tal cual habia de ser, aunque bien sabía que no se podia hallar, como lo hizo Ciceron cuando pintó un perfecto orador, del cual dijo que era imposible hallarse; pero tanto tendria el hombre de perfecto orador, cuanto más se allegare á esta pintura. Lo mismo pasa en esta diferencia de ingenio, que aunque no se puede alcanzar tan perfecta como Aristóteles la imaginó, muchos hombres han nacido que llegaron muy cerca de ella, inventando y diciendo lo que jamas oyeron á sus maestros ni á otro ninguno, y muchas cosas que les enseñaron falsas, las supieron entender y confutar, y otras verdaderas que les mostraron se las alcanzaron ellos por sí, venidos al vigor de su virilidad. A lo ménos Galeno cuenta de sí que alcanzó esta diferencia de ingenio, diciendo: *Siquidem ipsi ea per me ipsum omnia investigavi ratione ipsa viam monstrante, quando si præceptores secutus fuisset multos errores fecissem*. Y si como naturaleza les dió el ingenio con principio, aumento, estado y declinacion, se lo diera todo junto, de repente aconteceria lo que dijo Aristóteles; pero como se lo dió tan poco á poco, tuvo necesidad Platon y

Aristóteles de maestro que los industriase. Otra tercera diferencia de ingenio se halla, no muy diferente de la pasada, con la cual dicen los que la alcanzan (sin arte ni estudio) cosas tan delicadas, tan verdaderas y prodigiosas, que jamas se vieron, ni oyeron, ni escribieron, ni para siempre vinieron en consideracion de los hombres; llámala Platon *ingenium excellens cum mania*. Con ésta hablan los poetas dichos y sentencias tan levantadas, que si no es por divina revelacion, dice el mismo Platon, no es posible alcanzarse, y así dijo: *Res enim levis volatilis atque sacra poeta, est nec conere prius potent quam Deus plenus, et extra se positus, et à mente alienatus sit; nam quamdiu mente quis valet, nec fingere carmina, nec dare oracula cuiquam potest non arte igitur aliqua hæc præclara canunt quæ tu de Homero refers; sed arte divina*. Esta tercera diferencia de ingenio que añade Platon, realmente se halla en los hombres. Y yo, como testigo de vista, lo puedo testificar, y aún señalar algunos con el dedo, si fuere menester.

Pero decir que sus dichos y sentencias son revelaciones divinas, y no particular naturaleza, es error claro y manifiesto; y no le está bien á un filósofo tan grande como Platon ocurrir á las causas universales, sin buscar primero las particulares con mucha diligencia y cuidado. Mejor lo hizo Aristóteles; pues buscando la razon y causa de hablar las sibilas de su tiempo cosas tan espantables, dijo: *Id non morbo nec divino spiraculo, sed naturali intemperie accidit*. La razon de esto está muy clara en filosofia natural, porque todas las facultades que gobiernan al hombre (naturales, vitales, animales y racionales), cada una pide particular temperamento, para hacer sus obras como conviene, sin hacer perjuicio á las demas. La virtud natural que cuece los manjares en el estómago pide calor; la que apetece, frialdad; la que retiene, sequedad; la que expelle, humedad. Cualquiera de estas facultades que tomáre más grados de aquella calidad con que obra, se hará más robusta y fuerte hasta cierto punto; pero las demas lo han de pagar, porque parece cosa imposible que estando todas cuatro virtudes juntas en un mismo lugar, que crezca la que pide calor, y que no se enflaquezca la que obra con frialdad.

Y así dijo Galeno que el estómago caliente cuece mucho y apetece mal, y el frio cuece mal y apetece mucho. Lo mismo pasa en el sentido y movimiento, que son obras de la facultad animal. Las muchas fuerzas corporales arguyen mucha tierra en los nervios y músculos, porque sin dureza y sequedad no pueden obrar con firmeza; por lo contrario, tener buen sentido y vivo tacto, es indicio que los nervios están compuestos de partes áreas, sutiles y muy delicadas, y que su temperamento es caliente y húmedo. Pues como es natural que en un mismo nervio suba el temperamento y compostura natural que piden las fuerzas corporales, y que no se altere la perfeccion del tacto, siendo calidades contrarias; lo cual se ve claramente por experiencia, que en siendo un hombre robusto y de muchas fuerzas corporales, luego es torpe en el tacto. Y en teniendo muy vivo tacto, es muy flojo en las fuerzas corporales. La misma fuerza y razon llevan las poten-

cias racionales (memoria, imaginativa y entendimiento): la memoria para ser buena y firme, como adelante probarémos, pide humedad, y que el cerebro sea de gruesa sustancia; por lo contrario, el entendimiento que el cerebro sea seco y compuesto de partes sutiles y muy delicadas; subiendo, pues, de punto la memoria, forzosamente ha de bajar el entendimiento, y si no, discorra el curioso lector, y dé una vuelta por los hombres que él ha visto y conocido de memoria muy excesiva, y hallará que en las obras que pertenecen al entendimiento son casi furiosos. Lo mismo pasa en la imaginativa cuando sube de punto, que en las obras que son de su jurisdiccion engendra conceptos espantosos, cuales fueron aquellos que admiraron á Platon. Y cuando el hombre viene á obrar con el entendimiento, lo pueden atar.

De aquí se entiende claramente que la sabiduría humana ha de ser con moderacion y templanza, y no con tanta desigualdad; y así Galeno tiene por hombres prudentísimos á los templados, porque *sapiunt ad sobrietatem*. Demócrito Abderita fué uno de los mayores filósofos naturales y morales que hubo en su tiempo, aunque Platon dice que supo más de lo natural que de lo divino; el cual vino á tanta pujanza de entendimiento (allá en la vejez), que se le perdió la imaginativa, por la cual razon comenzó á hacer y decir dichos y sentencias tan fuera de término, que toda la ciudad de Abdera le tuvo por loco, para cuyo remedio despacharon de prisa un correo á la isla de Coos, donde Hipócrates habitaba, pidiéndole con gran instancia, y ofreciéndole muchos dones, viniese con gran brevedad á curar á Demócrito, que habia perdido el juicio. Lo cual hizo Hipócrates de muy buena gana, porque tenia deseo de ver y comunicar un hombre de cuya sabiduría tantas grandezas se contaban. Y así se partió luego, y llegando al lugar donde habitaba, que era un yermo debajo de un plátano, comenzó á razonar con él, y haciéndole las preguntas que convenia para descubrir la falta que tenia en la parte racional, halló que era el hombre más sabio que habia en el mundo. Y así dijo á los que lo habian traído que ellos eran los locos y desatinados, pues tal juicio habian hecho de un hombre tan prudente. Y fué la ventura de Demócrito, que todo cuanto razonó con Hipócrates en aquel breve tiempo, fueron discursos de entendimiento, y no de la imaginativa, donde tenia la lesion.

CAPÍTULO II.

Donde se declara las diferencias que hay de hombres inhábiles para las ciencias.

Una de las mayores injurias que al hombre le pueden hacer de palabra estando ya en edad de discrecion, dice Aristóteles, es llamarle falto de ingenio; porque toda su honra y nobleza, dice Ciceron, es tener ingenio y ser bien hablado: *Ut hominis decus est ingenium, sic ingenii lumen est eloquentia*. En solo esto se diferencia de los brutos animales y tiene semejanza con Dios, que es la mayor grandeza que naturaleza pudo alcanzar. Por lo contrario, el que nació sin ingenio, ningún género de letras puede aprender, y donde no hay sabiduría, dice Platon, ni puede haber felicidad ni

honra que sea verdadera; ántes, dice el Sabio: *Stultus natus est ignominiam suam*. Porque forzosamente se ha de contar en el número de los brutos animales y estimarle por tal; puesto caso que en los demas bienes, así naturales como de fortuna, sea hermoso, gentil hombre, rico, bien nacido y en dignidad, rey ó emperador.

Esto se deja entender claramente considerando el estado tan feliz y honroso que el primer hombre tenia ántes que perdiese el ingenio en que fué criado, y cual quedó despues sin sabiduría: *Homo cum in honore esset non intellexit, comparatus est jumentis insipientibus, et similis factus est illis*. Y es de advertir que no se contentó la Escritura divina con apodarse á los brutos animales, de cualquiera manera, sino á los insipientes, acordándose que en otra parte habia loado la prudencia y saber de la serpiente y la hormiga, con los cuales, aunque bruto, no tiene que ver el hombre sin ingenio.

Atento, pues, á esta injuria tan grande, y el sentimiento que el hombre hace cuando oye tal palabra, dijo el texto divino: *Qui dixerit fratri suo racha, reus erit consilio, qui verò dixerit fatua, reus erit gehennæ ignis*. Como si dijera: el que con ira dijere á su prójimo racha, que quiere decir hombre de poco ingenio, será digno de concilio, pero si le dijere tonto, merecerá fuego eterno. Esta obra, cierto ha sido hasta aquí digna de juicio y de concilio, y que haya andado por tantos tribunales examinada y requerida. Porque fuera de otras muchas razones, en alguna manera se ha dicho en ella al prójimo racha, aunque no con ira ni ánimo de injuriarle. Al que tenia grande ingenio le quitó la memoria; al de grande memoria, el entendimiento; al de mucha imaginativa, el entendimiento y memoria; al gran predicador, lo escolástico; al gran escolástico, el púlpito; al positivo dijo que su facultad pertenecía á la memoria, de lo cual se sintió grandemente al gran abogado que no podia saber gobernar, todo esto por la mayor parte; pero porque á ninguno ha dicho *fatua*, no ha sido digna de fuego. Agora soy informado que algunos han leído y releído muchas veces esta obra buscando el capítulo propio de su ingenio, y el género de letras en que más ha de aprovechar; y no lo hallando, redarguyeron el título de este libro de falso, y que el autor prometia en él vanamente lo que no pudo cumplir, y no contentos con esto, dijeron otras muchas injurias, como si yo estuviese obligado á dar ingenio y capítulo en esta obra á quien Dios y naturaleza se lo quitó. Dos preceptos pone el Sabio muy justos y racionales, y por la misma causa nos obliga á los guardar. El primero es: *Non respondeas stulto juxta stultitiam suam, ne efficiaris ei similis*. Como si dijera: no respondas á las injurias que el necio te hiciere, porque te harás semejante á él. El segundo responde: *Stulto juxta stultitiam suam, ne sibi sapiens esse videatur*. Como si dijera: responde al necio conforme á su necesidad, porque no se tenga por sabio ni por injuriado, sino que no hay cosa más perjudicial en la república que un necio con opinion de sabio, mayormente si tiene algun mando y gobierno.

Y por lo que toca á este exámen de ingenios, de que

vamos tratando, es cierto que las letras y sabiduría, tanto cuanto facilitan al hombre ingenioso para discorrir y filosofar, tanto y mucho más entorpecen al necio: *Compedes in pedibus stulto doctrina, et quasi vincula manuum super manum exteram*. Mucho mejor pasa el hombre inhábil sin letras que con ellas; porque no estando obligado á saber, con poco discurso vive entre los hombres; y que el arte y letras sean grillos y cadenas para atar los necios y no para facilitarlos, es cosa muy manifiesta en los que estudian en las universidades, entre los cuales hallarémos algunos que el primer año saben más que el segundo, y el segundo más que el tercero, de los cuales se suele decir que el primer año son doctores, el segundo licenciados, el tercero bachilleres, y el cuarto no saben nada; y es la causa, como dijo el Sabio, que los preceptos y reglas de las artes son esposas y cadenas para el que no tiene ingenio. Por tanto, sabiendo que muchos inhábiles han leído y leerán esta obra con intento de buscar el ingenio y habilidad que les cupo, me pareció, para cumplir con el precepto del Sabio, que era bien declarar aquí las diferencias de inhabilidad que hay en los hombres para las letras, y con qué indicios se podrian conocer, para que venidos á buscar la manera de su ingenio, topen claramente las señales de su inhabilidad, que es por lo que dijo el Sabio (1). Porque, despedidos de las letras, por ventura buscarán otra manera de vivir más acomodada á su ingenio, atento que no hay hombre en el mundo, por rudo que sea, á quien no le diese naturaleza alguna habilidad para algo.

Venidos, pues, al punto, es de saber que á las tres diferencias de ingenio que pusimos en el capítulo pasado, corresponden otros tres géneros de inhabilidad: unos hombres hay cuya alma está tan sepultada en las calidades materiales del cuerpo y tan árida de las causas, que echan á perder la parte racional, que para siempre quedan privados de poder engendrar ni parir conceptos tocantes á letras y sabiduría. La inhabilidad de éstos corresponde totalmente á los capados; porque así como hay hombres impotentes para engendrar (por faltarles los instrumentos de la generacion), así hay entendimientos capados y eunucos, frios y maleficiados, sin fuerzas ni calor natural para engendrar algun concepto de sabiduría; éstos no pueden atinar á ciertos principios que presuponen todas las artes en el ingenio del que aprende; ántes que se comience la disciplina no hay otra prueba ni demostracion más que recibirlos el ingenio por cosa notoria, y si la figura de éstos no la puede formar dentro de sí, es la suma estulticia que para las ciencias se puede hallar; porque impide totalmente la entrada por donde se han de enseñar; con éstos no hay que tratar ni quebrarse la cabeza en enseñarlos, porque no bastan golpes, castigo,

(1) El señor don Idefonso Martínez dice: «Esta nota marginal en la edición de 1640, se inserta en este punto, aunque en las anteriores y la nuestra lo está en el prólogo, página 34; pero para hacer sentido se inserta íntegra, y es como sigue: El estudiante que aprende la ciencia que no viene bien con su ingenio, se hace esclavo de ella, y así dice Platon: *Non decet liberum hominem cum servitute disciplinam aliquam discere; quippe ingentes corporis labores vi suscepti, nihilo deterius corpus afficiunt; nulla verò anima violenta disciplina stabilis est.* (Diálogo del justo.)

voces, arte de enseñar, disciplina, ejemplos, tiempo, experiencia, ni otros cualquiera despertadores, para meterlos en acuerdo y hacerlos engendrar. Estos difieren muy poco de los brutos animales; están siempre durmiendo, aunque los vemos velar, y así dijo el Sabio: *Cum durmiente loquitur qui enarrat stulto sapientia*. Y es la comparación muy delicada y á propósito, porque el sueño y la necedad ambos nacen de un mismo principio, que es la mucha frialdad y humedad del cerebro.

Otro segundo género de inhabilidad se halla en los hombres, no de tanta torpeza como el pasado, porque conciben la figura de los primeros principios, y de ellos sacan algunas conclusiones, aunque pocas y con mucho trabajo; pero no les dura la figura más tiempo en la memoria de cuanto los maestros se la están pintando y diciendo con muchos ejemplos y maneras de enseñar acomodadas á su rudeza. Son como algunas mujeres que se empuñan y paren, pero en naciendo la criatura luego se les muere; éstos tienen el cerebro muy aguanoso, por donde las figuras no hallan principio ni lentor aceitoso en que trabarse, y así, enseñar á éstos no es más que coger agua en cesto: *Cor fatuit, tamquam vas confractum et omnem sapientiam non tenevit*.

Otra tercera diferencia de inhabilidad se halla muy ordinaria entre los hombres que aprenden letras, que participa algo de ingenio, porque concibe dentro de sí la figura de los primeros principios, y de ellos saca muchas conclusiones y las retiene y guarda en la memoria; pero al tiempo de poner cada cosa en su asiento y lugar hace mil disparates; es como la mujer que se empuña y pare un hijo á luz con la cabeza donde han de estar los pies, y los ojos en el colodrillo; hácese en este tercer género de inhabilidad una maraña y confusión de figuras en la memoria tan grande, que al tiempo que el hombre quiere darse á entender, no le bastan infinitas maneras de hablar para recitar lo que ha concebido, porque no fué otra cosa más que infinitos conceptos, todos sueltos y sin la trabazón que han de tener. Estos son los que en la escuela llaman confusos, cuyo cerebro es desigual, así en la sustancia como en el temperamento; por unas partes es sutil, y por otras grueso y destemplado, y por ser heterogéneo, en un momento hablan cosas de ingenio, habilidad, y en otro dicen mil disparates, y por esto se dijo: *Tamquam domus exterminata, sic fatuo sapientia; et sciencia insensati inenarrabilia verba*.

Otra cuarta diferencia de inhabilidad he considerado entre los hombres de letras, que ni estoy bien de llamarla inhabilidad, ni ménos ingenio; porque los veo que conciben la doctrina y la retienen con firmeza en la memoria, y asientan la figura con la correspondencia de partes que ha de tener, y hablan y obran muy bien cuando es menester, y pidiéndoles el *propter quid* de aquello que saben y entienden, descubren claramente que sus letras no son más que una aprensión de solos los términos y sentencias que contiene la doctrina, sin entender ni saber el por qué y cómo es así: de éstos dijo Aristóteles que son *sicut quedam inanimantia faciunt, quidem, sed sine sciencia faciunt*

ea que faciunt, ut ignis comburit, sed inanimata natura quadam horum singulia faciunt. Como si dijera: hay hombres que hablan por instinto natural, como brutos animales, y dicen más de lo que saben y entienden, á manera de agentes inanimados; los cuales obran muy bien sin entender los efectos que producen, como el fuego cuando quema; y es la causa que los guía naturaleza, y así no pueden errar, y pudiera Aristóteles compararlos con algunos brutos animales, en quien vemos y consideramos muchas obras hechas con discreción y prudencia, y pareciéndole á Aristóteles que en alguna manera tienen conocimiento de lo que hacen, se pasó á los agentes inanimados; porque para él no son sabios ni tienen ingenio los que obran (aunque sea muy bien) si no saben reducir el efecto hasta la última causa. Esta diferencia de inhabilidad ó de ingenio quedará muy bien probada, si, como yo la he visto y conocido muchas veces, la pudiera señalar con el dedo, sin ofender á su dueño.

CAPÍTULO III.

Pruébase por un ejemplo que si el muchacho no tiene el ingenio y habilidad que pide la ciencia que quiere estudiar, por demas es oírle de buenos maestros, tener muchos libros, ni trabajar en ellos toda la vida.

Bien pensaba Ciceron que para que su hijo Manco saliese (en aquel género de letras que habia escogido) tal cual él deseaba, que bastaba enviarle á un estudio tan famoso y celebrado por el mundo como el de Atenas, y que tuviese por maestro á Cratipo, el mayor filósofo de aquellos tiempos, y tenerle en una ciudad tan populosa, donde, por el gran concurso de gentes que allí acudian, necesariamente habria muchos ejemplos y casos extraños que le enseñasen por experiencia cosas tocantes á las letras que aprendía.

Pero con todas estas diligencias y otras muchas más, que como buen padre haría (comprándole libros y escribiéndole otros de su propia invención), cuentan los historiadores que salió un gran necio, con poca elocuencia y ménos filosofía (cosa muy usada entre los hombres, pagar el hijo la mucha sabiduría del padre). Realmente debió de imaginar Ciceron que aunque su hijo no hubiera sacado de las manos de la naturaleza el ingenio y habilidad que la elocuencia y filosofía pedían, que con la buena industria del maestro, y los muchos libros y ejemplos de Atenas, y el continuo trabajo del mozo y esperar en el tiempo, se enmendarían las faltas de su entendimiento. Pero, en fin, vemos que se engañó, de lo cual no me maravillo, porque tuvo muchos ejemplos á este propósito, que le animaron á pensar que lo mismo podría acontecer á su hijo.

Y así cuenta el mismo Ciceron, *Lib. de fato*, que Xenócrates era de ingenio muy rudo para el estudio de la filosofía natural y moral, de quien dijo Platon que tenía un discípulo que habia menester espuelas, y con la buena industria de tal maestro y con el continuo trabajo de Xenócrates, salió muy gran filósofo. Lo mismo escribe de Cleante, que era tan estulto y mal razonado, que ningun maestro lo quería recibir en su escuela. De lo cual corrido y afrentado el mozo, trabajó tanto en

las letras, que le vinieron á llamar despues el segundo Hércules en sabiduría.

No ménos disparate pareció el ingenio de Demóstenes para la elocuencia, pues de muchacho ya grandecillo, dicen que no sabía hablar, y trabajando con cuidado en el arte, y oyendo buenos maestros, salió el mayor orador del mundo; en especial, cuenta Ciceron, que no podía pronunciar la R, porque era algo balbuciente, y con maña la vino despues tan bien á articular como si jamas hubiera tenido tal vicio. De donde tuvo origen el refran que dice ser el ingenio del hombre para las ciencias, como quien juega á los dados, que si en la pinta es desdichado, mostrándose con arte á hincarlos en el tablero, viene á enmendar su mala fortuna. Pero ningun ejemplo de éstos que trae Ciceron deja de tener muy conveniente respuesta en mi doctrina, porque (como adelante probarémos) hay rudeza en los muchachos que arguyen mayor ingenio en otra edad, que tener de niños habilidad; ántes es indicio de venir á ser hombres necios comenzar luego á raciocinar y ser avisados; porque si Ciceron alcanzara las verdaderas señales con que se descubren los ingenios en la primera edad, tuviera por buen indicio ser Demóstenes rudo y tardo en el hablar, y tener Xenócrates necesidad de espuelas cuando estudiaba. Yo no quito al buen maestro el arte y trabajo, su virtud y fuerzas de cultivar los ingenios, así rudos como hábiles, pero lo que quiero decir es, que si el muchacho no tiene de suyo el entendimiento preñado de los preceptos y reglas determinadamente de aquel arte que quiere aprender, y no de otra ninguna, que son vanas diligencias las que hizo Ciceron con su hijo y las que hiciere cualquiera otro padre con el suyo. Esta doctrina entenderán fácilmente ser verdadera los que hubieren leído en Platon, *Diálogo de sciencia*, que Sócrates era hijo de una partera, como él mismo lo cuenta de sí, y como su madre, aunque era gran maestra de partería, no podía hacer parir á la mujer que ántes que viniese á sus manos no estaba preñada (1).

Así él, usando el mismo oficio de su madre, no podía hacer parir ciencia á sus discípulos, no teniendo ellos de suyo el entendimiento preñado; tenía entendido que las ciencias eran como naturales á solos los hombres que tenían los ingenios acomodados para ellas, y que en estos acontecia lo que vemos por experiencia en los que se han olvidado de lo que ántes sabían, que con sólo apuntarles una palabra, por ella sacan todo lo demas.

No tienen otro oficio los maestros con sus discípulos, á lo que tengo entendido, más que apuntarles la doctrina; porque si tienen fecundo ingenio, con solo esto les hacen parir admirables conceptos, y si no, atormentan así á los que enseñan, y jamas salen con lo que pretenden.

Yo á lo ménos, si fuera maestro, ántes que recibiera en mi escuela algun discípulo habia de hacer con él muchas pruebas y experiencias para descubrirle el in-

(1) De solo el entendimiento de Sócrates se puede verificar esta comparación; porque enseñaba preguntando, y hacia que el propio discípulo hallase la doctrina sin que él se la dijese.

genio, y si se hallare de buen natural para la ciencia que yo profesaba, recibiérale de buena gana, porque es gran contento para el que enseña instruir á un hombre de buena habilidad; y si no, aconsejarle que estudiase la ciencia que á su ingenio más le convenia; pero entendido que para ningun género de letras tenía disposición ni capacidad, dijérale con amor y blandas palabras: hermano mio, vos no teneis remedio de ser hombre por el camino que habeis escogido, y que busqueis otra manera de vivir que no requiera tanta habilidad como las letras (2).

Viene la experiencia con esto tan clara, que vemos entrar en un curso de cualquier ciencia gran número de discípulos (siendo el maestro ó muy bueno ó muy ruin), y en fin de la jornada, unos salen de grande erudición, otros de mediana, otros no han hecho más en todo el curso de perder el tiempo, gastar su hacienda y quebrarse la cabeza sin provecho ninguno.

Yo no sé de dónde pueda nacer este efecto, oyendo todos un mismo maestro, y con igual diligencia y cuidado, y por ventura los rudos trabajando más que los hábiles. Y crece más la dificultad viendo que los que son rudos en una ciencia, tienen en otra mucha habilidad, y los muy ingeniosos en un género de letras pasados á otras, no las pueden comprender.

Yo á lo ménos soy buen testigo en esta verdad; porque entramos tres compañeros á estudiar juntos latin, y el uno lo aprendió con gran facilidad, y los demas jamas pudieron componer una oracion elegante. Pero pasados todos tres á dialéctica, el uno de los que no pudieron aprender gramática salió en las artes un águila caudal, y los otros dos no hablaron palabra en todo el curso. Y venidos todos tres á oír astrología, fué causa digna de considerar que el que no pudo aprender latin ni dialéctica, en pocos dias supo más que el propio maestro que nos enseñaba, y á los demas jamas nos pudo entrar.

De donde espantado, comencé luego sobre ello á discurrir y filosofar, y hallé por mi cuenta que cada ciencia pedia su ingenio determinado y particular, y que sacado de allí no valia nada para las demas letras, y si esto es verdad (como lo es, y de ello adelante haremos demostracion), ¿oh quién entrara hoy dia en las escuelas de nuestros tiempos, haciendo cata y cala de los ingenios! ¡á cuántos trocará las ciencias, y á cuántos echára al campo por estólidos é imposibilitados para saber, y cuántos restituyera de los que por tener corta fortuna están en viles artes arrinconados, cuyos ingenios crió naturaleza sólo para las letras! Mas, pues no se puede hacer ni remediar, no hay sino pasar con ello. Esto que tengo dicho, á lo ménos no se puede negar, sino que hay ingenios determinados para una ciencia, los cuales para otras son disparatados, y por tanto conviene ántes que el muchacho se ponga á estudiar, descubrirle la manera de su ingenio, y ver cuál de las ciencias viene bien con su habilidad y hacerle que la aprenda, pero tambien se ha de considerar que no basta lo dicho para que salga muy consumado letrado,

(2) La sabiduría humana no es reminiscencia, y así condenamos adelante á Platon porque lo dijo.

sino que ha de guardar otras condiciones no ménos necesarias que tener habilidad, y así dice Hipócrates (lib. *Lex Hipp.*) que el ingenio del hombre tiene la misma proporcion con la ciencia que la tierra con la semilla, la cual, aunque sea de suyo fecunda y paniega, pero es menester cultivarla y mirar para qué género de simiente tiene más disposicion natural; porque no cualquiera tierra puede panificar con cualquiera simiente sin distincion. Unas llevan mejor trigo que cebada, y otras mejor cebada que trigo, y del trigo, tierras hay que multiplican mucho candial, y el trujillo no lo pueden sufrir. Y no sólo con hacer esta distincion se contenta el buen labrador, pero despues de haber arado la tierra con buena sazón, aguarda tiempo conveniente para sembrar, porque no en cualquier parte del año se puede hacer, y despues de nacido el pan, lo limpia y escarda para que pueda crecer y dar adelante el fruto que de la simiente se espera. Así conviene que despues de sabida la ciencia que al hombre le está mejor, que la comience á estudiar en la primera edad, porque ésta, dice Aristóteles (1), es la más aparejada de todas para aprender.

Allende que la vida del hombre es muy corta, y las artes largas y espaciosas, por donde es menester que haya tiempo bastante para saberlas (2), y tiempo para poderlas ejercitar, y con ellas aprovechar la república. La memoria de los muchachos, dice Aristóteles (3) que está vacía, sin pintura ninguna, porque há poco que nacieron, y así cualquier cosa reciben con facilidad; no como la memoria de los hombres mayores, que llena de tantas cosas como han visto en el largo discurso de su vida, no les cabe más. Y por esto dijo Platon (4) que delante de los niños contemos siempre fábulas y narraciones honestas, que inciten á obras de virtud, porque lo que en esta edad aprenden jamas se les olvida. No, como dijo Galeno (5), que entónces se han de aprender las artes, cuando nuestra naturaleza tiene todas las fuerzas que puede alcanzar. Pero no tiene razón si no se distingue. El que ha de aprender latin ó cualquiera otra lengua, lo ha de hacer en la niñez, porque si aguarda á que el cuerpo se endurezca y tome la perfeccion que ha de tener, jamas saldrá con ella. En la segunda edad, que es la adolescencia (6), se han de trabajar en el arte de raciocinar, porque ya se comienza á descubrir el entendimiento, el cual tiene con la dialéctica la misma proporcion que las trabas que echamos en los piés y manos de una mula cerril, que andando algunos dias con ellas, toma despues cierta gracia en el andar. Así nuestro entendimiento trabado con las reglas y preceptos de la dialéctica, toma despues en las ciencias y disputas un modo de discurrir y raciocinar muy gracioso. Venida la ju-

(1) 30 secc., probl. 4.

(2) Hipóc., primer aforismo.

(3) 30 secc., probl. 4.

(4) *Diálogo del justo.*

(5) *In oratione suasoria ad bonas artes.*

(6) En la segunda edad, que llaman adolescencia, hace el hombre junta de todas las diferencias de ingenio (en la manera que se pueden juntar), por ser la edad más templada de todas, y así no conviene dejarla pasar sin aprender las letras con que el hombre ha de vivir.

ventud se pueden aprender todas las demas ciencias que pertenecen al entendimiento, porque ya está bien descubierto. Verdad es que Aristóteles saca la filosofia natural, diciendo que el mozo no está dispuesto para este género de letras, en lo cual parece que tiene razón, por ser ciencia de más alta consideracion y prudencia que otra ninguna. Sabida ya la edad en que se han de aprender las ciencias, conviene luego buscar un lugar aparejado para ellas, donde no se trata otra cosa sino letras, como son las universidades (7); pero ha de salir el muchacho de casa de su padre, porque el regalo de la madre, de los hermanos, parientes y amigos que no son de su profesion, es grande estorbo para aprender. Esto se ve claramente en los estudiantes naturales de las villas y lugares donde hay universidades, ninguno de los cuales, si no es por gran maravilla, jamas sale letrado. Y puede remediar fácilmente trocando las universidades; los naturales de la ciudad de Salamanca, estudiar en Alcalá de Henares, y los de Alcalá en Salamanca. Esto de salir el hombre de su natural para ser valeroso y sabio, es de tanta importancia, que ningun maestro hay en el mundo que tanto le pueda enseñar, especialmente viéndose muchas veces desamparado del favor y regalo de su patria.

«Sal de tu tierra, dijo Dios á Abraham (8), y de entre tus parientes y de casa de tu padre, y ven al lugar que yo te enseñaré, en el cual engrandeceré tu nombre y te daré mi bendicion.» Esto mismo dice Dios á todos los hombres que desean tener valor y sabiduría, porque, aunque los puede bendecir en su natural, pero quiere que los hombres se dispongan con aquel medio que él ordenó, y que no les venga la prudencia de gracia (9). Todo esto se entiende impuesto que el hombre tenga buen ingenio y habilidad, porque si no, quien bestia va á Roma, bestia torna; poco aprovecha que el rudo vaya á estudiar á Salamanca, donde no hay cátedra de entendimiento ni de prudencia, ni hombre que la enseñe.

La tercera diligencia es buscar maestro que tenga claridad y método en el enseñar, y que su doctrina sea buena y segura, no sofisticada ni de vanas consideraciones, porque todo lo que hace el discípulo en tanto que aprende, es creer todo lo que le propone el maestro, por no tener discrecion ni entero juicio para discernir ni apartar lo falso de lo verdadero; aunque esto es caso fortuito, y no puesto en eleccion de los que aprenden, venir en tiempo á estudiar que las universidades tienen buenos maestros ó ruines, como les aconteció á ciertos médicos, de quien cuenta Galeno (10) que teniéndoles ya convencidos con muchas experiencias y razones que la práctica que usaban era errada y en perjuicio de la salud de los hombres, se les saltaron las lágrimas de los ojos, y en presencia del mismo Galeno comenzaron á maldecir su hado y la mala dicha que tuvieron en topar con ruines maestros al tiempo que aprendieron. Verdad es que hay ingenios de discípulos tan felices, que entienden luego las condicio-

(7) Cic., 1. fof.

(8) *Genesis*, cap. XII.

(9) *Tu nihil invita sices faciesque Minerva.*

(10) 8, *Meth.*, c. IV.

nes del maestro y la doctrina que trae; y si es mala, se la saben confutar, y aprobar lo que dicen bien. Estos tales mucho más enseñan al maestro en cabo del año que el maestro á ellos; porque dudando y preguntando agudamente, le hacen saber y responder cosas tan delicadas que jamas las supo, ni supiera, si el discípulo con la felicidad de su ingenio no se las apuntara; pero los que esto pueden hacer son uno ó dos, cuando mucho, y los rudos son infinitos; y así es bien (ya que no se ha de hacer esta eleccion y exámen de ingenios para las ciencias) que las universidades se provean siempre de buenos maestros, que tengan sana doctrina y claro ingenio, para que á los ignorantes no enseñen errores ni falsas proposiciones.

La cuarta diligencia que se ha de hacer es estudiar la ciencia con orden, comenzando por sus principios, y subir por los medios hasta el fin, sin oír materia que presuponga otra primero; por donde siempre tuve por error oír muchas lecciones de varias materias y pasarlas todas juntas en casa: hácese por esta via una maraña de cosas en el entendimiento, que despues en la práctica no sabe el hombre aprovecharse de los preceptos de su arte, ni asentarlos en su conveniente lugar; muy mejor es trabajar, trabajar cada materia de por sí, y con el orden natural que tienen en su composicion; porque de la manera que se aprende, de aquella misma forma se asienta en la memoria. Hacer esto conviene más en particular á los que de su propia naturaleza tienen el ingenio confuso; y puede ser remediar fácilmente oyendo sola una materia, y acabada aquella, entrar en la que le sigue hasta cumplir con todo el arte. Entendiendo Galeno (1) cuanto importaba es udar con orden y concierto las materias, escribió un libro para enseñar la manera que se habia de tener en leer sus obras, con el fin de que el médico no se hiciese confuso. Otros añaden que el estudiante, en tanto que aprende, no tenga más que un libro que contenga llanamente la doctrina, y en éste estudie, y no en muchos, porque no se desbarate ni confunda, y tienen muy gran razón. Lo último que hace al hombre muy gran letrado, es gastar mucho tiempo en letras y esperar que la ciencia se cueza y eche profundas raíces, porque de la manera que el cuerpo no se maniene de lo mucho que en un dia comemos y bebemos, sino de lo que el estómago cuece y altera, así nuestro entendimiento no engorda con lo mucho que en poco tiempo leemos, sino de lo que poco á poco va entendiendo y rumiando cada dia, se va disponiendo mejor nuestro ingenio, y viene, andando el tiempo, á caer en cosas que atras no pudo alcanzar ni saber: El entendimiento tiene su principio, aumento, estado y declinacion, como el hombre y los demas animales y plantas; él comienza en la adolescencia, tiene un aumento en la juventud, el estado en la edad de consistencia, y comienza á declinar en la vejez. Por tanto él quiere saber cuándo su entendimiento tiene todas las fuerzas que puede alcanzar; sepa que es desde treinta y tres años hasta cincuenta, poco más ó ménos; en el cual tiempo se han de crear los graves autores, si en el discurso

de su vida tuvieron contrarias sentencias. Y el que quiere escribir libros lo ha de hacer en esta edad, y no ántes ni despues, si no se quiere retractar ni mudar la sentencia; pero las edades de los hombres no en todos tienen la misma cuenta y razón; porque á unos se les acaba la puericia á los doce años, á otros á los diez y seis y á otros á los diez y ocho (2). Estos tienen las edades muy largas, porque llegó su juventud á poco ménos de cuarenta años, la consistencia á setenta, y tienen de vejez otros veinte años, con los cuales se hacen ochenta de vida, que es el término de los muy potentados. Los primeros, á quien se acaba la puericia á doce años, son de muy corta vida, comienan luego á raciocinar y nacerles la barba, y dúrales muy poco el ingenio, y á treinta y cinco años comienan á caducar, y á cuarenta y ocho se les acaba la vida.

De todas las condiciones que he dicho, ninguna deja de ser muy necesaria, útil y provechosa para que el muchacho venga á saber; pero tener buena y correspondiente naturaleza á la ciencia que quiera estudiar es lo que más hace al caso; porque con ella vemos que muchos hombres comenzaron á estudiar pasada la juventud, y oyeron de ruines maestros con mal orden y en sus tierras, y en poco tiempo salieron grandes letrados. Y si falta el ingenio, dice Hipócrates (3) que todas las demas son diligencias perdidas, pero quien mejor lo encareció fué el buen Marco Ciceron, el cual con dolor de ver á un hijo tan necio, y que ninguna cosa aprovecharon los medios que para hacerle sabio buscó dijo de esta manera: *Nam quid est alius gigantum more bellare cum diis, nisi naturæ repugnare.* Como si dijera: ¿qué cosa hay más parecida á la batalla que los gigantes traian con los dioses que ponerse el hombre á estudiar faltándole el ingenio? Porque de la manera que los gigantes nunca vencian á los dioses, ántes eran siempre de ellos vencidos, así cualquier estudiante que procurase vencer á su mala naturaleza, quedará de ella vencido. Y por tanto, nos aconseja el mismo Ciceron que no forcejemos contra naturaleza, ni procuremos ser oradores, si ella no lo consiente, porque trabajaremos en vano.

CAPÍTULO IV (4).

Donde se declara cómo la naturaleza es la que hace al muchacho hábil para aprender.

Sentencia es muy comun y usada de los filósofos antiguos, diciendo: naturaleza es la que hace al hombre hábil para aprender, y el arte con sus preceptos y reglas le facilita, y el uso y experiencia que tiene de las cosas particulares le hacen poderoso para obrar (5).

(2) *Nec tamen est has ætates annorum numero circumscribere, quemadmodum nonnulli fecerunt, nisi forte in latitudine quadam.* (Gal., 6. De sanitate tuenda.)

(3) *Principalissimum quidem horum omnium prædictorum est natura: nam si hæc afuerit his qui artibus animum applicant, per omnia prædicta penetrare poterunt.* (Hip., De decenti ornatu.) Y así Baldo vino á estudiar leyes ya viejo, y burlándose de él, le dijeron: *Sero venis Balde, in alio sæculo eris advocatus.* Y por tener el ingenio acomodado para las leyes salió en breve tiempo famoso jurisperito.

(4) Segundo de la primera edicion.

(5) *Natura facitobilem, ars verò facilem, ususque potentem.*